



Historia
de Santa Isabel
de Hungría



BX4700

.I7

M6

V.1

C.1

85469



1080023851



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

HISTORIA
DE
SANTA ISABEL DE HUNGRÍA.

TOMO I.

René de Troyon. Charles Tenber,
Covell

HISTORIA
DE
SANTA ISABEL DE HUNGRIA,

DUQUESA DE TURINGIA

(1207-1231);

POR

EL CONDE DE MONTALEMBERT,

PAR DE FRANCIA.

TRADUCIDA, SEGUN LA SÉPTIMA EDICION, AL CASTELLANO

POR

D. JOSÉ PUENTE Y VILLANUA.

Ab antiquo scriptis non contentus,
ipse quoque scripturæ inceni, non
ut scientiam meam, quæ pene nulla
est, proponerem, sed ut res abscon-
ditas, quæ in sine veritatis latebant,
convellerem in lucem.

(Guill. M. Matthes. De Gest.
Reg. v. II. Præf.)

TOMO I.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA.

85469

LIBRERÍA RELIGIOSA,

GALLE DE AVINÓ, NÚM. 20.

1891.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Téllez

V
922 BK4700
1
177
M L
V. 1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CENSURA.

Por comision del M. Ilre. Sr. D. Juan de Palau y Soler, Pbro., Doctor en ambos derechos, Abogado de los tribunales del reino, Canónigo de esta santa Iglesia, y Vicario General Gobernador de la Diócesis de Barcelona por el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Dr. D. Antonio Palau y Térmens, Obispo de la misma, he leído traducida al español, comparándola con el original francés, la *Historia de santa Isabel de Hungría*, escrita por el Conde de Montalembert, Par de Francia.

Dulce y duradera espero será en mi alma la impresion que me causó la lectura de esa obra, debida á la pluma de tan sábio y piadoso autor. Su estilo sencillo y grave, cual conviene á todo historiador, y que tan bien se adapta al siglo que sábiamente nos describe en su Introduccion, como á la insigne Heroína cuya historia nos detalla, deja á descubierto los vivos y luminosos rayos de santidad con que ésta resplandeció en aquel, y con los cuales brilla todavía y brillará para consuelo y edificacion de los fieles.

No me queda duda alguna de que la *Vida* de la santa Duquesa de Turingia, hermana de la abuela de santa Isabel de Portugal que tuvo por padres á nuestros Reyes de Aragon, va á interesar en gran

009075

manera la piedad de los españoles, y á producir entre ellos saludables impresiones aun en las personas que de grado ó por fuerza se hallan engolfadas en medio de las frivolidades é influencias mundanas. El traductor ha sabido constituirse con maestría y fidelidad el digno intérprete del ilustrado Conde, y nada he encontrado en su traduccion que se oponga á las sanas costumbres y sagrados dogmas de nuestra santa fe.

Barcelona 28 de diciembre de 1857.

FR. JAIME ROIG, *Pbro., Lector en Filosofía, de la Orden de Carmelitas calzados exclaustrados.*

APROBACION.

Barcelona veinte y nueve de diciembre de mil ochocientos cincuenta y siete. Vista la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se imprima la historia de que hace mérito.

JUAN DE PALAU Y SOLER,
Vicario General Gobernador.

INTRODUCCION.

El dia 19 de noviembre de 1833 hacia alto un viajero en Marbourg, ciudad de la Hesse electoral situada en las amenas orillas del Lahn, y se puso á examinar una iglesia gótica que hay allí y que se ha hecho célebre, ya por su pura y perfecta belleza, ya por haber sido el primer templo de Alemania en el cual la ojiva triunfó de la bóveda circular ó de medio punto cuando la gran renovacion del arte en el siglo XIII. Llámase esta iglesia de *Santa Isabel*; y justamente aquel dia era el de su festividad. Nada habia que anunciase tal solemnidad en aquel templo, luterano hoy como toda la comarca donde radica; únicamente en honor de tal dia, y contra la costumbre de los Protestantes, se hallaba abierto y andaban por dentro una porcion de muchachos corriendo y saltando sobre las tumbas y sepulturas. El viajero recorrió aquellas naves desiertas

y devastadas, aunque jóvenes todavía de elegancia y ligereza. Pegada á un pilar vió la estatua de una mujer jóven en traje de viuda, de semblante dulce y resignado, en actitud de dar limosna á un pobre estropeado, y sosteniendo con la otra mano el modelo de una iglesia. Pasó mas adelante, y sobre altares desnudos, de cuyo aseo no cuidaba la mano de ningun sacerdote, vió y observó con curiosidad unas pinturas antiguas sobre madera medio borradas y varias esculturas de relieve mutiladas tambien, pero que, así como las pinturas, llevaban fuertemente impreso el tierno y cándido encanto del arte cristiano. Entre otras cosas representaban estas pinturas y esculturas una mujer que con muestras de sorpresa y espanto enseñaba á un guerrero coronado su faldellin lleno de rosas; mas adelante este mismo guerrero destapaba con furia una cama y encontraba en ella acostado un Crucifijo; mas léjos, estos dos personajes se arrancan mutuamente de sus brazos con señales de un dolor muy grande; despues la jóven, mas hermosa que en ninguno de los otros pasos, estaba tendida en un lecho mortuorio, rodeada de sacerdotes y monjas que lloraban; y por último

habia unos cuantos obispos que desenterraban un ataúd sobre el cual un emperador colocaba su corona. Dijeron al viajero que todas estas pinturas eran pasajes de la vida de santa Isabel, soberana que fué de esta tierra, que habia muerto hacia seis siglos en aquel mismo dia, y que la habian enterrado en aquella iglesia. En el fondo de una sacristía lóbrega le enseñaron tambien la caja de plata, cubierta de esculturas, donde habian sido guardadas las reliquias de la Bienaventurada hasta que un descendiente suyo, partidario del Protestantismo, las hizo arrojar al viento. Bajo el dosel de piedra que en otro tiempo cubria esta caja observó el viajero que cada una de las gradas estaba profundamente desgastada, lo cual provenia, segun le dijeron, de la multitud de peregrinos que antes venian á hincarse allí de rodillas, pero que hacia ya tres siglos habian dejado de acudir. Dijeronle que habia, sí, en la poblacion algunos fieles y un sacerdote católico, pero nada de misa ni recuerdo alguno de la Santa en honor de su aniversario de aquel dia. La fe, que tan honda huella imprimiera en aquellas duras piedras, ninguna habia dejado en los corazones.

El forastero besó aquella piedra, mellada por las generaciones fieles, y volvió á emprender su ruta solitaria, mas sin poder echar del pensamiento la dulce y triste memoria de la olvidada Santa cuyo aniversario habia venido á celebrar á manera de involuntario peregrino. Formó desde luego el proyecto de estudiar su vida, y para ello dióse á registrar, uno tras otro, los ricos depósitos de antigua ciencia que en tal abundancia posee la Alemania ¹. Creciendo por dias el encanto que le causaban sus descubrimientos y las noticias que iba adquiriendo, este pensamiento llegó á ser la estrella conductora de su camino. Agotados los libros y crónicas, consultados los manuscritos mas olvidados, quiso, á imitacion de los antiguos historiadores de la Santa, interrogar los lugares y las tradiciones populares. Anduvo, pues, de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, de iglesia en iglesia buscando por todas partes las huellas de aquella que en todos tiempos se llamó en la Alemania católica *la*

¹ Estas indagaciones han sido posteriormente completadas por otras en las diferentes bibliotecas de Flandes é Italia, especialmente en la Vaticana y Laurentina.

amada santa Isabel. Trató en vano de visitar su cuna en Presburgo en la apartada Hungría; pero logró á lo menos habitar algun tiempo en Wartbourg, donde ella vivió, primero cuando niña, luego cuando jóven, y últimamente despues de casada con un esposo tierno y piadoso como ella; el viajero pudo tambien trepar por los escabrosos senderos por donde ella iba á distribuir á sus queridos amigos los pobres las limosnas de su caridad inagotable. Siguióla tambien á Creuzburg, donde fue madre por vez primera; al monasterio de Reinhartsbrunn, donde á la edad de veinte años tuvo que separarse y despedirse del esposo que iba á morir por el sepulcro de Cristo; á Bamberg, donde la dieron asilo contra sus crueles perseguidores; á la santa montaña de Andechs, cuna de su familia, á donde ella llevó en ofrenda su traje de novia, cuando de esposa tiernamente amada vino á ser viuda errante y desterada. En Erfurth bebió en el pobre vaso que dejó para memoria á unas humildes monjas: y por fin en Marbourg, donde consagró los últimos años de la vida á obras de caridad heróica, y donde murió á la edad de veinte y cuatro años, volvió á

orar sobre su tumba profanada y á recoger penosamente algunos recuerdos de boca de un pueblo que renegó del culto de su bienhechora como había renegado de la fe de sus mayores.

Este libro, pues, que doy al público, comprende y encierra el fruto y los resultados de todas estas piadosas peregrinaciones.

Acontece muchas veces que, al andar vagando por nuestras ciudades enlucidas y pintarrajeadas ó por las campiñas desnudas de su vetusta ornamentacion, en fuerza de borrarase cada día los monumentos de la vida de nuestros abuelos, la vista de un fragmento libertado de la devastacion, una estatua tirada en la yerba, una puerta cimbrada, un roseton desfondado, viene á excitar la imaginacion; y el ánimo, pasmado como los ojos, entra á preguntarse cuál seria el papel que este fragmento desempeñaria en el conjunto, y se deja involuntariamente arrastrar á la reflexion y el estudio: insensiblemente álzase ante los ojos del alma el edificio entero, y una vez terminado este trabajo de reconstruccion interior se ve la abadía, la iglesia, la catedral presentes con toda su nobleza y her-

mosura: créese uno que anda bajo aquellas bóvedas majestuosas entre el oleaje de la multitud devota en medio de las simbólicas pompas é inefables armonias del culto antiguo.

Una cosa parecida ha sucedido al autor de este libro. Habiendo viajado largo tiempo por países extranjeros y por los siglos pasados, ha reunido estos despojos y los ofrece á los que tienen la misma fe y las mismas afecciones que él, para ayudarles á reconstruir con el pensamiento el sublime edificio de las edades católicas.

Merced á los numerosos y verdaderamente ricos monumentos que nos quedan acerca de la vida de santa Isabel en las grandes colecciones históricas de Alemania, no menos que en los manuscritos de sus bibliotecas; merced á los innumerables y enteramente íntimos pormenores que nos han sido transmitidos por narradores, unos contemporáneos y otros dominados por el encanto que su carácter y destino son tan á propósito para infundir en toda alma católica; merced á este conjunto ejemplarmente raro y singular de circunstancias felices, cabe un doble objeto en la narracion de esta vida. Sin perder

de vista la idea fundamental de un trabajo de esta clase, que es dar una *vida de Santa*, una *leyenda* de los siglos de fe, se puede por otro lado aspirar á presentar un cuadro fiel de los hábitos y costumbres de una época en que el imperio de la Iglesia y de la caballería habian llegado á su apogeo. Ya hace tiempo se ha echado de ver que aun la historia puramente profana de una era tan importante para los destinos de la humanidad no puede menos de ganar en exactitud y profundidad, dirigiendo un espíritu investigador especial hácia los objetos de las creencias mas fervorosas y afectos mas caros de los hombres de este tiempo. Me atrevo á decir que en la historia de la edad media hay pocas biografías que mejor se presten á un estudio de esta especie que la de santa Isabel.

Por otra parte, antes de hablar por extenso de esta Santa y de las ideas que representa y simboliza, me parece oportuno presentar un bosquejo del estado de la cristiandad en la época en que ella vivió; pues para quien no conozca ni aprecie bien su siglo, todo seria inexplicable en su vida. No solamente su destino, su familia, su nombre se ligan de cerca ó de

léjos con una multitud de sucesos de aquel tiempo, sino que su carácter ofrece, con todo cuanto el mundo veia entonces sobre una mayor escala, analogías harto numerosas que hacen inevitable la tarea de recordar á los lectores de mi obra los principales rasgos del conjunto social en que su nombre ocupa lugar tan venerado. Séame, pues, permitido apartar de ella la atencion de los lectores para concentrarla, por modo de prólogo, sobre sus contemporáneos y su época.

Habiendo nacido nuestra Santa en 1207 y muerto en 1231, su breve carrera viene á colocarse en el centro de esa primera mitad del siglo XIII, que es quizás el periodo mas importante, el mas completo y brillante de la historia de la sociedad católica. Por lo menos creo difícil hallar en las páginas gloriosas de la Iglesia una época en que haya ésta influido sobre el mundo y la familia humana en todos sus desarrollos de una manera mas vasta, mas fecunda y mas incontestable: puede ser que nunca la Esposa de Cristo haya ejercido tan absoluto imperio sobre el pensamiento y el corazón de los pueblos. Transformados y vencidos á sus piés todos los elementos antiguos con

los que habia luchado por tanto tiempo, el Occidente entero doblaba la cerviz con amor respetuoso bajo el yugo de su ley santa. En la prolongada lucha que desde su origen divino tuvo que sostener contra las pasiones y la rebelion de la humanidad caida, nunca como entonces las combatió con mejor éxito ni alcanzó mas completo triunfo sobre ellas. Ciertó que la victoria no era decisiva, ni podia serlo, pues que en el mundo está para combatir, y espera el cielo para triunfar; pero cuando menos entonces, mas que en ningun otro momento de este rudo combate, el amor de sus hijos, su número, adhesion y valor, creciendo cada dia, ofrecian á esta madre inmortal fuerzas y consuelos de que despues la han despojado de un modo harto cruel.

Bajo este aspecto es el siglo XIII tanto mas notable, quanto que el fin del XII distaba mucho de pronosticar felizmente acerca del venidero. Efectivamente; el eco de la gran voz de san Bernardo, que parece haberle llenado por entero, se habia debilitado á la postre, y con él la fuerza exterior del pensamiento católico. La funesta batalla de Tiberiades, la pérdida de la verdadera Cruz, y la toma de Jerusalem por

Saladino (1187) presentaban el espectáculo del Occidente vencido por el Oriente sobre el terreno rescatado por las Cruzadas. Los desórdenes y tiranía de Enrique II de Inglaterra, el asesinato de santo Tomás Becket, el cautiverio de Ricardo, Corazon de Leon, las violencias de Felipe Augusto contra su esposa Ingerburga, las atroces crueldades del emperador Enrique IV en Sicilia, todos estos triunfos de la fuerza bruta eran cierta é inequívoca señal de que la vitalidad católica habia sufrido alguntanto; mientras que el progreso de la herejía valdense y albigense, y el clamoreo universal contra la relajacion del clero y del monacato, revelaban en el seno de la Iglesia la existencia de un mal peligroso. Iba no obstante á declararse muy pronto una reaccion gloriosa. En los últimos años de este siglo (1198) subió á ocupar la silla de san Pedro un hombre en la flor de la edad, que bajo el nombre de Inocencio III debia luchar con incontrastable valor contra todos los enemigos de la justicia y de la Iglesia, y dar al mundo el modelo quizás mas acabado de un soberano pontífice, el tipo por excelencia del Vicario de Dios. Como esta grande figura domina todo el siglo

inaugurado por ella, se me habrá de disimular el que entre en algunos pormenores acerca de este personaje. Gracioso y benévolo en sus maneras; dotado de una presencia y cualidades físicas poco comunes; confiado y en extremo tierno en sus afecciones; generoso cual ninguno en sus fundaciones y limosnas; orador elocuente y fecundo; escritor ascético y sábio¹; favorecido también por las musas, como lo demuestran sus himnos *Veni, Sancte Spiritus*, y el *Stabat Mater*, sublime elegía que por mucho tiempo le ha sido atribuida; grande y profundo jurisconsulto cual convenia serlo al juez sin apelacion de la cristiandad; celoso protector de las ciencias y estudios religiosos; severo guardian del mantenimiento de las leyes de la Iglesia y de su disciplina, poseia además todas las cualidades capaces de ilustrar su memoria, á haberle tocado gobernar la Iglesia en épocas tranquilas y fáciles, ó si su gobierno hubiera podido ceñirse al cuidado de las cosas espirituales. Pero le estaba reservada otra mision. Antes de ascender al trono sacerdotal, habia comprendido y dado tam-

¹ Véanse sus *Sermones* y sus tratados de *Contemptu mundi* y sobre los *Siete Salmos penitenciales*.

bien á entender en sus escritos el objeto y destino del pontificado supremo, el cual no debia atender solamente á la salvacion de las almas, sino ocuparse además en el buen gobierno de la sociedad cristiana: pero lleno de desconfianza en sí mismo, no bien es elegido cuando se dirige á todos los sacerdotes del universo católico pidiéndoles con instancia oraciones especiales para alcanzar de Dios que le ilumine y conforte; y Dios oye estas plegarias generales dispensándole los auxilios necesarios para continuar y llevar á cabo la grande obra de Gregorio VII. Jóven todavía, y cuando estaba haciendo en París sus estudios, habia ido en peregrinacion á visitar en Cantorbery el sepulcro del mártir santo Tomás; y fácil cosa es imaginarse cuál se inflamaria su corazon en presencia de aquellas reliquias en amor á la libertad de la Iglesia de que en adelante fue el campeon victorioso. Mas al propio tiempo que defendia esta libertad suprema, la constitucion de la Europa en esta época le conferia las funciones gloriosas de celador de todos los intereses de los pueblos, de amparador de todos sus derechos y vigilante del cumplimiento de todos sus deberes. Durante los diez y ocho años

de su pontificado se mantuvo siempre á la altura de mision tan elevada y colosal. Amenazado y atacado sin tregua por sus inmediatos súbditos los habitantes turbulentos de Roma, no por eso dejaba de abarcar con su mirada la Iglesia toda y el mundo cristiano con imperturbable calma, con permanente y minuciosa solicitud, sin que nada se escapara á sus ojos de padre y de juez. De Islandia á Sicilia, de Portugal á la Armenia no se infringe una ley eclesiástica que al punto no sea por él desagraviada y restaurada; no hay injuria contra el débil que no repare, garantía atacada que no proteja. La cristiandad entera no es á sus ojos otra cosa que una majestuosa unidad, un solo reino sin fronteras interiores ni distincion de razas, de quien á él le toca ser el defensor intrépido en lo exterior y el juez inexorable é incorruptible en lo de dentro. Reanimando el entibiado ardor de las Cruzadas la pone al abrigo de los enemigos de fuera; y por eso se le ve entusiasmado cual ninguno por los combates en favor de la Cruz, luchas gloriosas que inflamaron el corazon de los romanos Pontífices desde Gregorio VII hasta Pio II que murió cruzado. El pecho de los Papas era enton-

ces cual foco de donde irradiaba el ardor santo al de las naciones cristianas; sus ojos estaban incesantemente fijos en los peligros que amenazaban la Europa; y mientras Inocencio empleaba su esfuerzo en mandar todos los años un ejército contra los sarracenos vencedores en Oriente, en el Norte propagaba la fe entre los pueblos eslavos y sármatas: en el Occidente, predicando á los reyes de España la union y concordia y exhortándoles á hacer contra los moros un esfuerzo decisivo, presidia sus milagrosas victorias contra la media luna. Sin otras armas que la fuerza de la persuasion y la autoridad de un gran carácter, reducía á la unidad católica reinos los mas apartados, como la Armenia y la Bulgaria que, vencedoras de los ejércitos latinos, no dudan someterse al escuchar la voz de Inocencio. Su infatigable y ardiente celo por la verdad no le quitaba ser tolerante en alto grado con las personas; protegía contra las exacciones de los príncipes y el ciego furor de los pueblos á los judios, testimonio viviente de la verdad cristiana, imitando por lo demás en esto á todos sus predecesores sin excepcion; y en obsequio de la paz y de la salvacion de las almas mante-

tenia correspondencia con los príncipes musulmanes. Mientras luchaba con incansable constancia y perspicacia rara contra las mil herejías que, brotando por doquiera, amenazaban derribar los fundamentos del orden social y moral del universo entero, no cesaba de inculcar á los católicos vencedores é irritados, y aun á los mismos obispos, principios de moderacion y clemencia. Por mucho tiempo trabaja en traer á la Iglesia cismática de Oriente á la union con la de Occidente por los caminos de la conciliacion y dulzura; y despues, cuando el éxito inesperado de la cuarta cruzada, derribando el imperio de Bizancio, sometió por la fuerza á su autoridad esta extraviada mitad del mundo cristiano, y duplicó con esta victoria su poder, Inocencio recomienda la dulzura para con la Iglesia vencida; y léjos de manifestar, al saber esta conquista, sentimiento alguno de alegría ú orgullo, se niega á tomar parte en la gloria y el triunfo de los vencedores; rechaza todas sus excusas, todos sus pretextos religiosos, porque en aquella empresa se habian olvidado de las leyes de la justicia y del sepulcro de Cristo. Y es que teniendo identificada su vida con la religion y la jus-

ticia, estas dos cosas eran todo para él. El amor ardiente por la justicia inflamaba su alma de tal suerte, que no se paraba en acepcion de personas, obstáculos ni contratiempos: desde que el derecho figuraba en una contienda, para nada tomaba en cuenta los reveses ni la fortuna; dulce y misericordioso con los débiles y vencidos, inflexible con los soberbios y poderosos; en todas partes y siempre protector del oprimido, de la debilidad y de la equidad contra la fuerza triunfante é injusta. Por eso le vemos defender con una especie de noble encarnizamiento la santidad del lazo conyugal como la clave de la bóveda social y de la vida cristiana. Nunca la esposa ultrajada se acogió en vano á su mediacion poderosa: el mundo admirado le vió luchar por espacio de quince años contra su amigo y aliado Felipe Augusto defendiendo los derechos de aquella infortunada Ingerburga, venida del fondo de la Dinamarca para ser el ludibrio y objeto de los desprecios de este Príncipe, sola, prisionera, abandonada de todos en medio de una tierra extraña, excepto por el Pontífice que supo al fin reintegrarla en el trono de su marido en medio de los aplausos del pueblo que se